

# UN GOLPE DE MARRO

*Por Lucio Riveña T.*

El silbato de la fábrica de hilados y tejidos, no sonó a la hora acostumbrada.

Los moradores de la pequeña población industrial y sobre todo los obreros de la fábrica, estaban realmente extrañados ante aquel suceso raro, sin embargo, se dirigieron hacia su trabajo.

En la puerta de la fábrica, los trabajadores comenzaron a hacer comentarios.

— ¡Oye Nico! ¿Qué es lo que pasó? —comentó uno de los trabajadores.

— ¡Qué se quemó el motor principal! —contestó y añadió—, y que no trabajaremos hasta que lo reparen.

Mientras que en el interior de la fábrica, mister Harrison, el dueño, contrariado y malhumorado ante tal situación, insultaba a todos los que estaban con él.

—¿Y bien. . .? ¿Mandamos llamar al señor González? —comentó el gerente.

— ¡Ese sinvergüenza, jamás! —contestó mister Harrison y enojado agregó— ¿Qué cobrar quinientos pesos, por cualquier reparación!

—Entonces. . . ¿Qué se hace? —insistió el gerente.

— ¡Lleve el motor a la ciudad de México y no regrese hasta traerlo funcionando.

— ¡Muy bien, mister Harrison! Salgo hoy mismo.

Al tercer día regresó el gerente, con el motor reparado.

Se instaló, se conectó y el motor no funcionó.

— ¡Qué pasó señor gerente, el motor no funciona! —dijo molesto mister Harrison.

— En la ciudad de México lo probaron varias veces y sí funcionó. No me explicó por qué, aquí no funciona —contestó el gerente—, justificándose.

Ante tal situación y para no perder más tiempo, mister Harrison ordenó:

— ¡Llamen al señor González! a ver si puede repararlo.

El señor González se presentó en la fábrica, en cuanto fue llamado.

— Solicitamos sus servicios —dijo mister Harrison, un tanto serio y disgustado—, pues el motor no funciona.

— ¡Bien mister Harrison! Veré que se puede hacer.

— ¡Samuel, la herramienta! —ordenó el señor González a su ayudante.

Samuel, muchacho vivaracho, sacó la herramienta y la colocó en orden, sobre el piso.

El señor González revisó cuidadosamente el motor.

Posteriormente recorrió con la vista la herramienta y al no ver lo que necesitaba, ordenó de pronto:

— ¡Traigan un marro!

— ¿Un marro? —preguntó estupefacto mister Harrison.

— ¡Sí, un marro! —insistió el señor González.

— ¿Pedro, ve a la bodega por un marro! —le ordenó mister Harrison.

Ya con el marro en sus manos, el señor González dió un golpe seco y certero.

— ¡Ahora, conecten el motor! —ordenó.

Y el motor comenzó a funcionar, ante la expectación de todos.

— ¿Qué le sucedió al motor? —preguntó intrigado mister Harrison.

— Al bajarlo en la estación del ferrocarril, se corrió la flecha y lo que hice fue volverla a su sitio —explicó el señor González.

— ¿Y bien, cuánto le debo? —preguntó mister Harrison.

— En lo convenido, quinientos pesos, —fue la respuesta del señor González.

— ¿Quinientos pesos, por un golpe de marro?

— ¡No mister Harrison! Por el golpe de marro le cobro un peso; pero por saber ¿dónde?, cuatrocientos noventa y nueve pesos.